

La fotografía como catalizadora de experiencias

Martínez, Ximena

A lo largo de las cursadas en modo remoto, producto de un año de aislamiento, las producciones fotográficas tuvieron en muchos casos un giro intimista y en otros un sello documental. En ambos casos la fotografía funciona como un elemento catalizador de la mirada y la de experiencia en sí. No somos las mismas personas después de haber fotografiado. La búsqueda de un cambio de perspectiva es fundamental para poder volver una experiencia personal en algo social, y viceversa, lo social desde una mirada subjetiva.

En mi experiencia docente en la materia de Diseño Fotográfico I, la cual desarrolla la práctica del retrato desde diversos abordajes, es fundamental la búsqueda de una subjetividad que aflore con el devenir de los trabajos pautados para la cursada. Como es sabido, el Proyecto Integrador vincula las diferentes prácticas con el propósito de realizar una pieza, visual en este caso, que pueda tener un discurso conceptual claro y un planteo estético definido.

Bajo la modalidad virtual, en un contexto de pandemia y aislamiento, surgieron propuestas donde el carácter intimista de la experiencia representada se volvía un denominador común tomando múltiples aristas para enmarcarse como un atributo colectivo. En otros casos la práctica del retrato tuvo un sello documental del momento histórico que nos atraviesa: la adaptación social ante la situación de pandemia.

Autorretratarse

Desde la propuesta de cursada se hace hincapié en la reflexión sobre la práctica fotográfica empezando por el trabajo con la propia imagen en la búsqueda de un autorretrato donde los y las estudiantes se sientan representados/as. Los abordajes pueden tomar distintos aspectos: ficcional, humorístico, poético, documental, entre otras posibles formas de abordarlo. Como plantea Nelly Schnait:

El autorretrato es la confrontación más delicada y comprometedora de ese juego de espejos en que se pierde y se sostiene la indagación retratista, obsesivamente exacerbada por la era fotográfica. Quizás porque se trata de una de las pocas y privilegiadas experiencias en el que el ser humano logra una autoimagen de su propia alteridad, ya que el ojo de la cámara es indócil y no suele obedecer a las intenciones expresas de la mano que la pulsa (2011).

La indagación fotográfica del autorretrato es el inicio de una relación con la propia imagen para luego devenir en otras búsquedas, para transformarse en el punto de partida de observación a otros sujetos.

Solo a través de nuestras máscaras enunciamos, palpamos o vemos lo que nos queda de ser...Esta inquietud es propia de una época que ha perdido la confianza en las identidades firmes y definitivas, tanto desde el punto de vista social como el individual (Schnait, 2011).

Es notable el punto de inflexión que genera la práctica del autorretrato, en algunos casos al principio puede mostrar ciertas reticencias, pero que no son más que trabas

que se van soltando en el curso de la práctica. Para quienes el autorretrato es un tema a trabajar, es en esa exploración donde se abren nuevos discursos que luego se plasman como catalizadores de experiencias personales. Una vez llevada a imagen una experiencia se comparte, se debate, se ofrece a múltiples lecturas que son comentadas en las revisiones de los trabajos durante el desarrollo de la cursada. Es fundamental pasar por la instancia de exponer los bocetos, los primeros disparadores de los proyectos, sin pudores, ya que es ahí donde está el germen de lo que luego se va a desarrollar.

Retratar a otra persona

Otra línea del retrato que se trabaja en las prácticas de cursada es el retrato ambientado y el retrato de tipo editorial. Se indaga en la relación del sujeto en el contexto elegido, el vínculo que los une, su correspondencia visual en términos morfológicos y cromáticos, el significado de la gestualidad y la pose, los climas que proponen diferentes tipos de iluminación. Todo significa. Todo habla del sujeto fotografiado y también de quien toma la imagen. Otra vez surge Schnait en un texto que no deja de atravesar los planteos que surgen, como disparadores alertas, como una forma de socavar aquello que se manifiesta:

No existen fórmulas para el éxito de una operación cuyo sentido debe encararse, más bien, como el de un suceso imprevisible. Imprevisible porque en el cruce voluntario de dos miradas, retenido inmóvil por la cámara, se enfrentan, todas ellas por partida doble, las circunstancias de la vida, las debilidades o la fuerza del afecto, las astucias de la fantasía, la compulsión de lo real, las trabas del deseo, las iluminaciones de la esperanza, el afán de dominio, etc. Y el doble abismo de ese instante debe cuajar en una imagen fija. (2011).

El hecho de retratar a otra persona también involucra un conocimiento de cómo nos desenvolvemos ante una situación que pretende registrar una expresión, una actitud, ya sea con una intención determinada o con la idea de tomar un gesto desprevenido o con la idea de registrar la personalidad singular de un sujeto. Pero, ¿qué es *lo real* en un mundo donde ningún aspecto del ser puede ser tomado como unívoco? En esta línea resuena Berger afirmando el fin del retrato pictórico hegemónico, pero no por ello menos acertado en relación al retrato fotográfico:

Ya no podemos aceptar que pueda establecerse adecuadamente la identidad de un hombre preservando y fijando su apariencia desde un solo punto de vista en un solo lugar (podría decirse que esta misma limitación afecta también a la fotografía, pero, como hemos visto, no se espera que veamos en una fotografía nada tan concluyente o definitivo como en una pintura). [...] Puede que todavía nos basemos en el "retrato" para identificar a una persona, pero ya no para explicarla o contextualizarla. Concentrarse en el "retrato" significa aislar falsamente, significa suponer que la superficie más externa contiene a la persona o al objeto, cuando en realidad somos plenamente conscientes del hecho de que nada se contiene a sí mismo (Berger, 2006).

¿Qué buscamos en un retrato?

El fotógrafo solo puede auscultar la apariencia exterior de un sujeto, el resto queda en penumbras. En esa penumbra se adentra su perspicacia y se

proyecta su propia imagen del otro donde, inevitablemente, transparenta una parte de él mismo (Schnait, 2011).

Es en esa penumbra, es en esa invisibilidad donde se evidencia la clave por donde transitamos nuestra subjetividad desde el espejo de otros ojos. Allí es donde se muestran las conexiones que dan basamento a los proyectos de cada estudiante, ya se trate de una indagación intimista o de un registro de tipo documental. Lo personal se torna social y lo documental, es atravesado por la subjetividad. Estas son las razones que nos unen a este mundo, disparadores de atracción para ojos curiosos y alertas. Paul Graham, fotógrafo inglés lo expresa a modo de crónica autobiográfica:

Y entonces llegará el día en que esa foto sea lo suficientemente perfecta para pensar que está terminada. Creada. Concebida. Hecha. Y ha cumplido su objetivo: una aportación, y todo ese esfuerzo, esa frustración, ese tiempo y ese dinero quedarán atrás. Ha merecido la pena, porque es algo auténtico, que no existía antes de que tú lo crearas: una sentida obra de arte, una obra de fuerza y sensibilidad, que habla de este mundo y del lugar que ocupan los seres humanos dentro de él. ¿No es una maravilla? (Graham, 2009).

Signo de los tiempos

Tanto en su devenir documental como en su carácter intimista la fotografía de retrato marca un sello de época. La situación pandémica, el aislamiento, las nuevas formas de comunicarnos, los nuevos hábitos de cuidado incorporados, los fantasmas acarreados, todo aflora en una suerte de catarsis fotográfica. Es el retrato el que nos muestra su cara, y nos pone de frente a nuestras subjetividades compartidas.

Se diría que las demandas de la visión moderna son incompatibles con la singularidad del punto de vista, que es una premisa esencial del “parecido” pictórico estático. Esta incompatibilidad guarda relación con una crisis más general que atañe al significado de la individualidad. La individualidad ya no puede enmarcarse en los términos de unos rasgos manifiestos de la personalidad. En un mundo de transición y revolución, la individualidad constituye un problema inseparable de las relaciones históricas y sociales, hasta el punto de que no admite ser revelada mediante las simples caracterizaciones de un estereotipo social preestablecido. Cada modo de individualidad está hoy relacionado con la totalidad del mundo (Berger, 2006).

Desde la experiencia de las cursadas en modo remoto en el contexto de cuarentena y aislamiento surge esta necesidad de volcar las inquietudes y revalorar la propia mirada como un manifiesto, como una forma de sortear una pantalla y vincularse desde un lugar más personal. Las subjetividades se abren para mostrar su lado visible e invisible.

Referencias bibliográficas

Berger, J. (2006) *Sobre las propiedades del retrato fotográfico*. Barcelona: Gustavo Gili. Capítulo “La imagen cambiante del hombre en el retrato”.

Graham, P. (2009) *La fotografía es fácil, la fotografía es difícil*. Yale MFA Graduación

en Fotografía. http://www.paulgrahamarchive.com/writings_by.html

Schnait, N. (2011). *Lo visible y lo invisible en la imagen fotográfica*. Madrid: La oficina ediciones. Capítulo “El autorretrato: un espejo sedicioso” y “Mirar en otra mirada”.